

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

TOROS PARA CATALANES

EL NEGOCIO ES EL NEGOCIO

NO parece que la «fiesta nacional» esté pasando, ahora, por momentos demasiado prósperos. Tal es la opinión de los expertos, al menos, según tengo entendido. Los más pesimistas llegan a hablar de «decadencia», y acusan la mediocridad general de los diestros, de las fieras, e incluso de los pobres monosabios. Mi ignorancia acerca del particular es más que absoluta. De todos modos, algo salta a la vista: el planteamiento económico de las corridas empieza a revelarse como «insostenible». El costo de su montaje —honorarios de cuadrillas, precio de los toros vivos, empleomanía fija, arriendo de las plazas, impuestos...— se traduce en tarifas muy elevadas, cuando desciende a la taquilla. El espectáculo es caro. Su problema resulta semejante al del teatro, que también arrastra la carga de unos gastos insolubles. Con la agravante, para la tauromaquia, que en el ruedo cada «representación» es única y ha de pagarse con la estricta recaudación de la jornada. Y es natural que eso influya en el ánimo de los «aficionados». La gente, puesta en el trance de elegir, prefiere pasar el rato en locales donde la entrada sea menos onerosa. No falta la pequeña masa fiel, pero tampoco es tan asidua como sería de su gusto. Los toros se han convertido en un lujo —modesto lujo, si se quiere— poco popular. Y ya se fueron para siempre los tiempos en que los seguidores de un «maestro» empeñaban el colchón para comprar un incómodo asiento de sol. Los colchones han dejado de ser un valor pignorable.

En realidad, supongo, la crisis tiene otras causas, quizá más sutiles, y a la vez más vistosas. Las podríamos resumir así: la clientela de los «tendidos» se ha trasladado a las «gradas»: del «coso» al «estadio». El hombre que tripula un seiscientos es, por definición, y mientras no se demuestre lo contrario, un «hincha». Y lo mismo digo de los peatones. Como no frecuento los toros ni el fútbol, no sabría establecer comparaciones entre lo que se paga por asistir a una sesión de lo uno y de lo otro. Probablemente, la incidencia no reside tanto en la cantidad a abonar como en la índole del arrebato. Las multitudes actuales, por más celibéricos que se sientan, escogen el balompié. El porqué de este giro en las aficiones colectivas sería tema de lenta y complicada discusión. Pero el hecho no tiene vuelta de hoja. Los intentos oficiosos de despertar nuevas curiosidades a través de la televisión no han cambiado las cosas. Ver toros a distancia, mediante una pantalla, casi no es ver toros. Si se me permite la reminiscencia de un chiste de mi juventud, yo diría que es «como un beso sin bigote» o «como un huevo trito sin sal». O peor: todavía más insípido. Puede que un partido de fútbol televisado tampoco sea fútbol «de verdad». Sin embargo, el paralelo no acaba de ser justo. Digan lo que digan sus detractores, los toros poseen un «charme» —sineiro o no— de que carecen los chuts y las zancadillas. Si ustedes son reacios a la experiencia, consulten a los «clásicos»: a Blasco, a Montherlant, a Hemingway, o al propio Eugenio Noel.

He consignado, y con reservas, la persistencia de una «pequeña masa fiel». Valdría la pena de que su volumen fuese medido con un mínimo de aproximación, a efectos «sociológicos». Me da la impresión de que el adjetivo «pequeña» no es inexacto. Pero deseo subrayar que, en último término, todavía se trata de una «masa». Nos lo advierten las fotos y las gacetas de la prensa. ¿Dónde es mayor esa «masa»? ¿Y quién la compone? El análisis tendría que ser, para comenzar, geográfico: convendría establecer un mapa taurino de España. ¿Se celebran más corridas al año en el área carpetovetónica o en el área catalana? ¿Y qué aforo incluyen unas y otras? No se me

oculta que las estadísticas tampoco lo explican todo. Porque no es lo mismo una lidia en Linares que en Figueras, en Córdoba que en Palma de Mallorca, en Sevilla que en Valencia, en Madrid que en Barcelona. La diferencia es honda y «se palpa» en el ambiente. Ni siquiera son lo mismo los Sanfermines de Pamplona que la Madalena de Castellón de la Plana. «Aquí somos otra gente», reza el octosílabo de García Lorca, y hay que tomarlo al pie de la letra: «allá» son otra cosa, con los toros por medio. Pero quizá nos llevásemos la sorpresa de que el recuento final fuera, si no favorable —y es una forma de expresarlo—, por lo menos «no demasiado desfavorable» a las plazas del sector catalanófono. A renglón seguido vendría la pregunta: ¿de qué material étnico se nutren los respectivos «tendidos»? ¿En qué grado contribuye a su «lleno» la población inmediata?

Ya se ve hacia qué molino llevo el agua. Al turismo. La notoria multiplicación de centros taurinos en funciones, dentro del perímetro catalán, sólo se justifica y explica por la riada periódica de europeos que acuden a consumir sus vacaciones en estas tierras. Viquingos y valquirias, galos y británicos, suecas y holandesas, bajan al Mediterráneo con el propósito fundamental de tomar baños: de agua y de sol. Pero aprovechan la ocasión para disfrutar de algunas raciones de «plintoresco» subpirenaico: la pandereta tópicá, tan insigne. La pandereta, la guitarra y el estoque —ya que no la navaja en la liga—: insigne. Insisto en la calificación. Procede de Merimée y de Bizet, de Musset y de Borrow, pero también de Goya, y de Falla, y de Picasso, y de Lorca... Es una demanda que los ingeniosos nativos se apresuran a satisfacer. En forma de corridas o de tablaos flamencos: en la Costa Brava aún intercalan alguna sardana, y en Mallorca algún bolero; pero nada más. El exotismo peninsular —e insular— ha de ajustarse a los cánones del cliché, y la tauromaquia se impone. Con decir que hasta en Andorra se torea, ya está dicho todo. Benidorm, Palma y Figueras, Gerona, Alicante, Valencia, Barcelona, y... ¿En Salou? ¿En Manacor? ¿En Benicàssim?... No estoy muy al tanto de esta singular topografía. Pero el negocio es el negocio, y siempre hay alguien que no se chupa el dedo: el «empresario» calcula las ganancias. En tablaos y en corridas. Y en lo que se presente.

Tal es la situación. Su aspecto de «paradoja» ya no llega a inquietarnos. Los observadores ardientemente indigenistas hacen la vista gorda ante la realidad: deciden ignorarla. A lo sumo, reconocen que existen o que conviene que existan unos establecimientos dedicados a la expendición de ferocidad, pero sin que ello implique contaminación. Los públicos de estas denigrantes hecatombes son, a su entender, forasteros. Y lo son, en buena medida, sin duda alguna. No faltan a la cita del cartel los paisanos, sin embargo. Ni mucho menos. Queda en pie una fuerte y encrespada taurofilia catalana. Agrada o no. ¿Un residuo a liquidar? Yo también lo creo. Con todo... En el terreno de los juicios «éticos», la cuestión deja pendientes unas alternativas escasamente consoladoras. Al renunciar a los toros, ¿qué «sustitutivo» se propone a la ciudadanía? El boxeo es mucho más repugnante. Las maniobras con pelotillas, salvando el amor propio de club o de campanario, son tan anodinas que dan pena... Quizás, en definitiva, quienes aciertan son los chicos que se entregan a la gimnasia «psicodélica», con músicas gritonas y bebidas apacibles. Diversión por diversión, ésta es la menos estúpida.

Joan FUSTER

REFLEXIONES MENORES

CARAS CONOCIDAS

LA ciudad parece inmensa —lo es—, pero se habrán fijado ustedes en que está, a lo largo del tiempo, poblada de caras conocidas; nuestro recuerdo está, también, lleno de rostros inútilmente recordados, de aires a los que terminamos saludando, con los que, de la mayor distancia, pasamos un día a la conversación, en ocasiones casi a la amistad, por lo menos al placer del encuentro.

Coincidimos por las calles, por los últimos tranvías, por los escaparates, reiteradamente, con caras que nos resultan familiares, ante las que, dubitativamente, nos sentimos al borde del saludo; se cruzan miradas de tranquilizador entendimiento, oasis en las áridas prisas hostiles que rodean; porque es un hecho de la hora presente que unos y otros cruzan por la ciudad con un aire recónditamente enemigo, con disposición, a las primeras de cambio, a levantar la voz o a poner mirada de despreciativa misericordia; la cosa cobra mayores irritaciones y tosco vocabulario cuando el juego anda entre usuarios de coche, siempre dispuestos, en los mil problemas que surgen y las situaciones que se plantean por prisas, confluencias y egoísmos leoninos, a la palabra hiriente para defender a ultranza cada cual su conducta. Contemplamos con simpatía, y nuestro poco de sana envidia, a los seres que pasean lentamente, gozando de la calle y sus atractivos, como es debido, a menudo zarandeados, inquietados en su plácida dedicación por quienes andan escapados, diligentes, con paquetes o sin ellos, a sus industrias, siempre —así como nosotros perdónamos...— con una cifra, o una incierta esperanza en el horizonte; nos paramos a mirar a los ancianos que conversan con sus compañeros de promoción, tomando el sol en los bancos de los jardines, las plazas, también en las avenidas rodeadas de coches aparcados; nos hace meditar su ausencia indiferente, su no contar con el moviente mundo que les circunda; desearíamos hablar con ellos, recibir la estoica lección de sus silencios contemplativos: se habrán fijado ustedes que sus diálogos son un archipiélago de silencios, como si salieran del presente para regresar a sus nublados recuerdos.

Recordamos los rostros más inverosímiles, por años que transcurran, casi desde la infancia: aquellos niños que sólo veíamos en el balcón de la casa contigua, con quienes hablábamos, casi por señas, con una suerte de frágil timidez; profesores aterrantemente cuyos nombres no recordamos, y a lo mejor nunca supimos; los rostros de unas muchachas que vimos desde el tren, que paseaban por la estación y nos decían adiós con la valentía que el andar en cuadrilla les daba; de gentes que, en largos viajes, nos dijeron «¿usted gusta?» al sacar un paquete oleaginoso, y nos ofrecieron, de corazón, un huevo duro o un pedazo de queso reluciente, como con rocío, que cortaban con una navajita surgiendo puntual, por encantamiento; o de aquellos señores que conocimos en el barco, en un viaje a Nápoles, de quienes nunca más supimos, empeñados en terneros hospedados en su casa, con claveles oriundos de San Remo en el jardín; en los barcos, después de las primeras inclinaciones de las cabezas, llega la sonrisa cortés, y, a escape, el diálogo, y los proyectos que nunca llegan a realizarse, y la promesa de las cartas que nunca llegan a escribirse: el respeto que el mar causa, los pensamientos que acuden al mirar el cielo de noche, la forzosa ociosidad, también, hermanan a los viajeros; ¡bendita hermandad, aun pasajera!

En la ciudad, por las parcelas que frecuentamos, incluso por las que transitamos de tarde en tarde, con algunas, muchas personas nos conocemos de vista. «Le conozco a usted de vista», nos han dicho muchas veces, cuando, por azares, por el pañuelo del mundo, ha llegado la presentación; personas conocidas «de vista», ¿se han fijado ustedes?, si encontradas fuera de España, suelen saludar amablemente, con una sonrisa de entendimiento, de pequeña nostalgia evocadora de la geografía donde el epidérmico conocimiento; al cruzar la frontera, se hace una lejanía, surge como un deseo de hermandad no practicado en casa, un deseo de acercarse, de comentar en la pequeña soledad, las indiferencias o las impertinentes palabras que, sobre todo en determinadas latitudes, estamos casi seguros de escuchar por la más mínima: en un bar porque se nos ocurrió pedir que nos cambiaran el vaso a la segunda cerveza, porque no nos gustan esas telarañas de espuma que quedan, aun cuando hay quien opina que lo ortodoxo es no cambiar de recipiente —o por cualquier minucia que el estar fuera de casa agranda.

Yo propondría romper el hielo, y ensayar el intercambio de un sonriente saludo con esas caras conocidas de que cada cual, en su ciudad, dispone; sería un paso hacia la cordialidad, en el diario transcurrir por las calles, quebrar esa huida y distante manera con que todos solemos producirnos; vamos por el mundo erectos, como si nos hubiéramos tragado una espada; de poco sirven, a la hora de la verdad, los letreros que algunos coches llevan invitando a la sonrisa; el otro día, leía uno para mí inédito, lleno de humor de buena ley, que me hizo sonreír por lo bajo: «Pídanos paso, y estudiaremos su petición»...

En el trance de caras conocidas, reiteradamente tropezadas, he tomado, alguna vez, la iniciativa, ensayando un leve saludo, recibiendo, a cambio, una mirada de extrañeza; en ocasiones he devuelto mi más sonriente salutación, comprobando, azarado, que el destinatario estaba detrás de mí; así le pasa reiteradamente al personaje de la zarzuela «Alma de Dios», ante quien cuantos pasan inclinan la cabeza respetuosamente, gesto que el interesado repite con asombrada, cómica cortesía; y ello debido a que en la pared hay un crucifijo; recuerdo el libreto con vaguedad absoluta, pero lo que cuento se me quedó grabado, al ver la obra, seguramente cuando niño; de la música, como todo el mundo, lo de «Hungria de mis amores...», que suele oírse alguna vez por radio.

José CRUSET

Contratistas, Aparejadores, Arquitectos, Maestros Albañiles, Inmobiliarias

todos los redondos de construcción que necesitan los tiene para entrega en existencia **HIERROS TARRAGONA** 24 horas

Redondo liso en horquilla de: 8, 10, 12 y 14 mm.
Redondo fermachin de: 5,5 y 6,5 mm.
Redondo nervado. Tetracero-Tor-50 de: 10,5, 12, 16,5, 18,5, 16 y 20 mm.

HIERROS TARRAGONA Paseo Zona Franca, 135
Teléfonos: 2439151, 2439176, 2439177, 2236700 y 2245701

Durante las horas no hábiles, llame al teléf. 243 91 77, su pedido quedará registrado

Fabricantes Reunidos punto y confección (Junto a LA PEDRERA)

p: de gracia, 94

¡CIERRE INMINENTE POR REFORMAS!

Liquidamos miles de prendas a precio de remate
Somos fabricantes y podemos vender más barato que nadie

| | |
|--|-----------|
| Jerseys espuma Sra y caballero . . . | 150 Ptas. |
| Jerseys punto niño-a | 125 Ptas. |
| Vestidos punto Sra. Arnel y Dralón . . . | 275 Ptas. |
| Casacas GRAN MODA | 350 Ptas. |

Nota: Con 1.000 ptas. vestimos a toda la familia
Abstenerse revendedores

CUANDO VENGA A MADRID SU HOTEL RESIDENCIA PUERTA TOLEDO

1.ª CATEGORIA

LE ESPERA

- Habitaciones a todo confort
- Situación céntrica
- Garaje

TOTALMENTE CLIMATIZADO

Para reservas:
Hotel Residencia Puerta Toledo
Teléfono 265-84-00
CABLES TOLEDOTEL

La máquina que dobla su inversión

La nueva KLEINDIENST, totalmente automática con secador incorporado, permite un perfecto lavado, secado y brillantado, dirigido por un solo operario.

- producción 20 coches-hora.
- ocupa reducido espacio.
- mantenimiento muy económico.

Motor Mediterráneo, S. A.
Infanta Carlota, 100 - 102 Tels. 230 15 83 - 98 - BARCELONA

Nombre
Dirección
Provincia